
La situación y perspectiva sociales*

Víctor Urquidi

La influencia de la dinámica demográfica a nivel global es y será a tal grado dominante en la vida social futura que vale la pena subrayar, de entrada, dos aspectos que presentan ya características graves y que por su naturaleza y evolución afectan inclusive la convivencia política: *a)* las migraciones, y *b)* el desempleo y la marginación. Además del demográfico, muchos otros elementos influyen en estos fenómenos, pero en casi todas las sociedades del mundo en desarrollo, el elemento poblacional, numérico y cualitativo, tiene peso específico considerable.

Son numerosas las naciones hoy industrializadas cuya formación económica en el siglo XIX —por ejemplo, los Estados Unidos, Canadá y Australia— les permitió alcanzar en relativamente pocos decenios niveles de vida muy elevados. Todas ellas fueron territorios de inmigración masiva, principalmente de Europa occidental. Dicha inmigración se asimiló y sus integrantes entraron a formar parte del acervo de recursos humanos y fuerza de trabajo de creciente calidad sin los cuales el progreso industrial, y aun el agrícola, no habrían sido posibles, y que contribuyeron a la vez a los sistemas educativos, de capacitación y de investigación científica y a la difusión de la tecnología. Se registraron grandes saltos generacionales a medida que la educación se generalizaba y los trabajadores se capacitaban en la actividad industrial misma. La producción utilizaba crecientemente y desarrollaba con asombrosa velocidad tecnologías nuevas, en parte derivadas de los avances científicos y de su aplicación. En algunos países que, comparados con los Estados Unidos y Europa occidental, indicaban un proceso de industrialización rezagada, se generaron progresos semejantes aunque prescindiendo de la inmigración.

En los países de desarrollo tardío, iniciado como en América Latina apenas en la segunda mitad del siglo XX, la inmigración europea (y aun del Medio Oriente) que había ya comenzado con anterioridad, en especial hacia fines del siglo XIX, no se fusionó con proce-

* Publicado en *México en la globalización: condiciones y requisitos de un desarrollo sustentable y equitativo*. México: FCE, 1996, pp. 55-64.

sos integrados de desarrollo salvo en ciertos sectores; la población autóctona, marginada desde el principio y gradualmente mestizada con la de origen europeo, constituyó más que nada mano de obra barata de escaso nivel educativo y baja calificación, con características en algunos casos de semiesclavitud. En estos sectores marginados no se introdujeron los rasgos culturales, sociales y de organización económica que en Europa, los Estados Unidos o Japón determinaron un descenso de la fecundidad. Algo semejante ocurrió en la India y otras partes. El resultado en la segunda mitad del actual siglo fue la incapacidad de los sectores modernos no sólo de crear fuertes mercados internos para la economía, sino de incorporar inmigrantes en gran escala como había ocurrido en el siglo XIX en los Estados Unidos, por ejemplo. Esto ocurrió incluso en los países de crecimiento demográfico lento en los decenios más recientes, por ejemplo Argentina, Chile y Uruguay, como también ha sucedido en varios países del sureste de Asia.

Al acelerarse la dinámica demográfica en la mayoría de los países en desarrollo en la primera mitad del presente siglo, como en varios de América Latina, se generó pronto una situación en que la migración interna entre zonas rurales y urbanas creció en grandes proporciones. Semejante fenómeno ha sido característico de casi todos los países a lo largo de la historia, aunque ocurría antes con menor intensidad. La nueva migración no se ha producido solamente de las áreas rurales más empobrecidas o menos favorecidas para la actividad agropecuaria hacia las zonas urbanas, en especial las centrales y mayores, sino también hacia las ciudades intermedias, cuya tasa de crecimiento demográfico supera con frecuencia la de las grandes metrópolis.

Este proceso precursor de la sobreoferta de fuerza de trabajo se ha presentado con modalidades agudas desde los años cincuenta en países como Brasil, México, Colombia, Venezuela, Perú y algunos de Centroamérica; asimismo, en otros continentes, en Filipinas, Bangladesh, Paquistán y Egipto. La distinción entre migración interna e internacional no es siempre, por cierto, muy precisa; en unos países se han presentado ambas al mismo tiempo, o con matices de temporalidad o cíclicos. En otros, por ejemplo algunas islas del Caribe ex británico, la migración ha sido predominantemente internacional dada la dimensión de esos territorios y se ha dirigido en un principio a las antiguas metrópolis coloniales.

Las causas de la emigración de las áreas rurales son variadas y compleja. Destacan, por una parte, las estructurales, que empujan al migrante en busca de empleos e ingresos, educación y vida más

moderna y variada a las ciudades grandes e intermedias y al extranjero. Por otra parte, se comprueba claramente la atracción que han ejercido y aún ejercen determinados mercados de trabajo, como los de los Estados Unidos, Canadá y las naciones de Europa Occidental, así como los del Medio Oriente en los momentos de gran auge petrolero. En estos mercados, aun en los sectores de bajos requerimientos educativos o técnicos, como los rurales y los de servicios urbanos, y con más razón en los de alto nivel técnico, los salarios y otros ingresos ejercen una atracción poderosa ya que superan varias veces los que se pueden ganar en el país de origen en trabajos o empleos similares.

La migración interna ha sido y es imparable, con la excepción registrada durante unos 75 años del presente siglo en los países de régimen comunista, que ahora experimentan, por lo menos en la parte europea, migraciones internas incontroladas. Los migrantes han aportado trabajo y contribuido al desarrollo industrial y de los servicios. Sin embargo, hoy en día, en la medida en que las crecientes áreas urbanas modernas carezcan de suficiente oferta de empleo, de infraestructura, de espacios para vivienda, de servicios educativos, de salud, de transporte público y de esparcimiento, la migración interna les representará en muchos casos un costo económico y social adicional. Las familias transmigradas requieren y demandan servicios sin contribuir proporcionalmente a la economía y en particular al costo social de los servicios y las instalaciones, aun cuando, mediante su empleo, cuando éste existe, hagan aportaciones constantes y sustanciales al incremento de la producción local, los ingresos empresariales y la recaudación fiscal. Puede preverse que la urbanización, al menos en cuanto al número de habitantes, continuará por decenios su proceso actual a un costo social cada vez mayor y que significará el poblamiento de zonas cada vez más marginales, lo mismo en las ciudades grandes que en las intermedias. Sólo en Europa occidental se han llevado a la práctica planes urbanos descentralizados de sistemas de ciudades para evitar la expansión desordenada de la “mancha urbana”, como ocurre en América Latina, África y partes de Asia.

La migración interna seguirá asociada de manera indefectible a un creciente desempleo y a la marginación como fenómeno estructural tanto económico como social —independientemente de su aspecto coyuntural— debido a que los migrantes suelen tener menor nivel educativo que el resto de la población, cuentan con menos capacitación para el trabajo y se adaptan más lentamente a los cambios impuestos por la modernización de los procesos económico-

industriales y comerciales. Con diferencias y matices, se presenta como un fenómeno de carácter universal en los países en desarrollo.

La migración internacional de la segunda mitad del siglo XX, que en ciertos periodos o momentos ha sido un acto de desesperación de los individuos y las familias, sin conciencia a veces de las fronteras políticas por las que han cruzado para disfrutar de condiciones y ambientes más favorables, no llamaba mucho la atención, por ejemplo, hace 30 años, cuando los migrantes no eran demasiados ni se concentraban en determinadas localidades o no adquirían mucha notoriedad. En condiciones como éstas, las consecuencias sociales y políticas de la migración no parecen haber sido muy importantes. Pero una vez que se traspasaron ciertos umbrales, los que variaban según el lugar de origen de los migrantes, los ambientes de los países receptores, la situación coyuntural del empleo y otros factores, el efecto en las comunidades que reciben la corriente migratoria, sea ésta legal o ilegal, ha sido mayor y ha conducido a reacciones de todo tipo. Muchas de éstas se basan en prejuicios, discordancias interétnicas y religiosas, incomprensiones de orden cultural, actitudes defensivas y aun en el supuesto "costo" de los inmigrantes que se señala sin medir los beneficios que su trabajo rinde no sólo a la economía local, sino a las finanzas de las autoridades municipales o regionales. Son de lamentar, a la vez, las migraciones étnicas y políticas forzadas como las que han ocurrido en países de Europa oriental y en vastas zonas de Asia y África en el contexto de conflictos internos y regionales.

De cualquier manera, volviendo a las tendencias demográficas de los países en desarrollo, es casi seguro que la migración internacional aumentará por varios decenios mientras no se mejoren las condiciones de desarrollo económico y social y de absorción de la fuerza de trabajo en esos países.

La actitud gubernamental en las naciones industrializadas se ha endurecido y ha sido el origen de conflictos tanto internos como internacionales, especialmente cuando están involucradas distintas religiones y lenguas, culturas antinómicas, ideologías fundamentalistas, etc. De nuevo, la incidencia en problemas sociales urbanos agravados por el desempleo ha creado condiciones de violencia e inseguridad en grandes partes del mundo.

El desempleo es en todo caso un fenómeno presente en la gran mayoría de los países industrializados, con niveles actuales que oscilan entre 8 y 12% de la fuerza de trabajo y que en algunos casos llegan a 20% o lo rebasan. No se puede tampoco hacer abstracción del desempleo masivo en los países que formaban parte hasta 1989

de la Unión Soviética o del área dominada por ésta en Europa oriental, así como del caso especial de la incorporación de las provincias de Alemania oriental a la occidental.

En los países industriales el desempleo es tanto de índole estructural como coyuntural, asociado a políticas de ajuste macroeconómico pero también a un ya largo periodo de crecimiento menos rápido del PIB y de las tasas de productividad. Dicho desempleo resulta asimismo de los efectos de nuevas tecnologías que demandan menos mano de obra no calificada en sectores importantes y nuevos de la actividad industrial y de servicios, por más que éstos hayan absorbido grandes contingentes de trabajadores jóvenes. Se presenta además un desajuste al parecer crónico entre la oferta potencial de egresados del sistema educativo —en especial de las universidades, las escuelas técnicas y los centros de capacitación tradicionales o no adaptados a la tecnología moderna— y la demanda efectiva de trabajadores y cuadros técnicos. Todo ello no obstante el menor dinamismo demográfico, y casi estancamiento en algunos casos, de la población en algunos de estos países, por ejemplo en Europa occidental y Japón. En ese mismo grupo de países se ha transformado la demanda de mano de obra, con mayor insistencia en la calidad que en la cantidad.

Se da también como factor causante del desempleo la falta de motivación de quienes prefieren ganar un ingreso menor pagado por la seguridad social, a uno mayor que pudiera obtenerse en ciertos trabajos rutinarios, donde, a la vez, los empleadores tienden a no demandar contingentes fijos, sino que ofrecen mayor proporción de trabajos eventuales o de calendarios y horarios no regulares. Hay quienes consideran, al menos en medios políticos, que el desempleo se debe, respecto a determinados niveles de calificación, a que los mercados de trabajo han absorbido inmigrantes ilegales, o aun legales, que compiten con la mano de obra nacional; pero hay pocas pruebas de que sea éste el caso general. Más bien, ha surgido poco a poco lo que algunos han llamado la “cultura del desempleo”, que a la postre lleva al individuo a no ser empleable una vez que pasa el umbral y se acomoda en el campo de los marginados, los carentes de hogar, los excluidos de los servicios de salud (o sin acceso efectivo a ellos) o los que están fuera de la ley, que prefieren actividades ilícitas como el tráfico de estupefacientes. En el origen de estas situaciones se descubren con frecuencia graves deficiencias estructurales de la organización social.

En los ajustes económicos de las empresas en Europa y los Estados Unidos es frecuente que pierdan el empleo los trabajadores mayores de 45 años, que difícilmente pueden encontrar nuevo tra-

bajo regular (Japón es un caso especial de conservación del empleo hasta edades avanzadas, pero aun en este país se advierte menos seguridad que antes de poder contar con empleo permanente). Existen programas de reciclamiento y capacitación, pero son de poco éxito salvo para trabajos eventuales o de tiempo parcial. Se han ido creando así —a veces con el concurso de los jóvenes que ingresan a los mercados de trabajo luego de abandonar su ciclo escolar— volúmenes crecientes de desempleados para los cuales no se presenta oportunidad ni solución a corto plazo. En una perspectiva de plazo medio o largo resulta poco probable que los nuevos avances industriales y en los servicios puedan reducir dicha clase de desempleo —antes bien, las fuentes de trabajo prefieren trabajadores jóvenes de buena preparación asociada a las nuevas tendencias económicas—. La obsolescencia de la planta industrial va acompañada con la de la fuerza de trabajo; la renovación de la planta no supone la renovación de los mismos recursos humanos de antes sino la absorción más discriminada de nuevos recursos. Como quiera que sea, el desempleo se ha vuelto un problema estructural que a su vez agrava los de marginación social y desigualdad.

El desempleo ha sido un fenómeno característico desde los años ochenta y especialmente en los años más recientes del último decenio del siglo sin que los sistemas de seguridad social, tanto en Europa como en los Estados Unidos, Canadá y otros países, puedan ya atenderlo. Este gran problema ha sido objeto de estudio en los medios académicos, las comisiones parlamentarias y gubernamentales y los organismos internacionales, entre ellos la OIT, la OCDE, la Comisión de la hoy Unión Europea y otros. No obstante, no se ha formulado un conjunto de políticas viables para abordar el fenómeno, y la respuesta se limita a intentos parciales e ineficaces de acciones para reducir ligeramente su nivel.

Este conjunto de fenómenos se manifiesta también con mayor intensidad en los países de industrialización tardía o de nueva industrialización. En éstos, sin embargo, se advierten algunas características especiales. Por un lado, se ha sustituido en buena medida el empleo formal por el informal; por otro, el adelgazamiento de la función del sector público —y en su caso las privatizaciones— no ha redundado siquiera en más empleo formal, lo que en ausencia de seguros contra el desempleo o sistemas de jubilación anticipada adecuados ha hecho que el sector informal alcance grandes dimensiones (que en algunos países pueden llegar a tener límites).

El sector informal no puede ser un sustituto del empleo en la plena acepción de este concepto, porque no va acompañado de ser-

vicios sociales y de salud ni de protección social, ni contribuye de manera directa a estos servicios. Además, aun cuando de él puedan originarse actividades que a la postre se conviertan en empresariales —y desde luego se encuentran importantes iniciativas de este tipo entre quienes han ingresado al sector informal—, en muchos casos no pasan de ser una modalidad de explotación aceptada para poder subsistir, con frecuencia ligada a “mafias” que controlan a grupos de personas que aceptan ingresos mínimos por su trabajo. Mientras el impacto demográfico a que se ha hecho referencia continúe siendo grande —por ejemplo, tasas de fecundidad elevadas e incrementos posteriores inevitables de la fuerza de trabajo a tasas de 2.5 hasta 3.5% anuales—, la sobreoferta de trabajadores no calificados frente a las demandas limitadas y las necesidades de personal de alta calificación seguirán contribuyendo durante decenios a agravar estos aspectos de la problemática social.

Un fenómeno importante de la época actual, asociado en cierta medida al desempleo y la marginación pero que forma parte de una desintegración social más amplia, es la desprotección social aun de familias que tienen relación con el mercado de trabajo. Este problema social se expresa en insuficiencia de servicios comunitarios, baja escolaridad, explotación de niños, discriminación contra la mujer, violencia y abandono, tanto en países industrializados como en aquellos en vía de desarrollo, pero sobre todo en estos últimos. La desintegración familiar acompaña este proceso, en particular en las zonas urbanas, con la consecuente desorientación de los grupos de población que corresponden a las edades de transición de la niñez a la condición adulta.

En los países en desarrollo esta situación adquiere características más agudas y se tropieza con la incapacidad de las autoridades centrales y locales para emprender y financiar programas adecuados. La dinámica demográfica atenta también contra los esfuerzos por hacer frente a la desprotección social. Los pocos programas que existen, en los cuales con frecuencia coopera la sociedad civil, son rebasados por las necesidades, y no se prevé ni a mediano plazo una posibilidad de corregir este desequilibrio social. Por otro lado, la violencia ha adquirido también aspectos sumamente desquiciadores y peligrosos. En algunos países está asociada a la drogadicción y el tráfico de estupefacientes, y en otros deriva de la corrupción de las propias autoridades judiciales y policíacas. Lejos están dichas condiciones sociales y humanas de contribuir a un desarrollo sustentable y equitativo.

Algunos de estos temas se han abordado a nivel internacional por la atención que les prestan las Naciones Unidas. A ello han res-

pondido las conferencias sobre Desarrollo Social en Copenhague en 1994 y sobre la Mujer en Beijing en 1995. Ambas, así como en varios de sus aspectos la Conferencia de El Cairo sobre Población, de 1994, han centrado la atención en el *status* y los derechos de la mujer, no sólo como cuestión de justicia e igualdad jurídica y de oportunidad, sino como reconocimiento de la aportación que le corresponde en los procesos sociales y económicos. Pese a opiniones divergentes y aun actos de oposición en muchas sociedades, es previsible que en los decenios por venir el *status* de la mujer mejore considerablemente, con importantes consecuencias en las condiciones sociales de la familia, las tendencias demográficas y la participación femenina en la actividad económica. A la postre, sin embargo, tendrán que vencerse, país por país, como en tantos otros aspectos de la vida social, resistencias culturales y de grupos de interés, prejuicios y posiciones ideológicas extremas, para mejorar las condiciones sociales y familiares.

Lecturas Básicas III y IV. El conocimiento. Retos para el siglo XXI es un material de uso exclusivamente interno, de aplicación didáctica y sin fines de lucro. Se publica bajo la responsabilidad de la Coordinación del Tronco Interdivisional a cargo del Dr. Fernando Mora Carrasco. Tipografía: Ana Silvia Acosta Rodríguez, Reyna del Carmen García Zamudio, Ana María Ortiz Sánchez. Para su composición se utilizó tipografía Book Antiqua de 12, 10 y 9 puntos. Impreso en cartulina couché de 250 gr (portada) y papel bond de 44 kg (interiores). Tiro: 1000 ejemplares. Impreso en los talleres de la señora Lucía Corral González, sito en Cerrada de Cotopaxi 5b, Col. Volcanes, Del. Tlalpan, C.P. 14440, México, D.F. Febrero de 2004.